

Entonces y ahora



C Á L A M O
V I S I O N

#40#

Carlos Pujol
Entonces y ahora



CÁLAMO POESÍA
Colección dirigida por
César Augusto Ayuso

© Herederos de Carlos Pujol Jaumandreu, 2026
© Menoscuarto Ediciones, 2026

Coordinación de la edición: Teresa Vallès Botey

ISBN: 978-84-19964-46-5
Dep. legal: P-60/2026

Printed in Spain - Impreso en España
Imprime Gráficas Zamart (Palencia)

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES, S.L.
C/ Italia, 49
34004 PALENCIA (España)
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

ENTONCES Y AHORA: EL REGRESO A LA CENIZA DE CARLOS PUJOL

PERE BALLART

Aventarás
las cenizas del tiempo
y del olvido.

CARLOS PUJOL, *Hai-kais del abanico japonés*

Un Pujol novísimo

Cuando Carlos Pujol se fue para siempre, un 16 de enero de 2012, dejó publicados, a lo largo de un cuarto de siglo, catorce libros de poesía. Otros tres vieron la luz póstumamente: en primer lugar, *Bestiario*, el mismo año de su deceso; el siguiente, *Magnificat*, en 2014, y, para acabar, en 2021, *Centón de salmos*. El indisimulado carácter religioso de esas dos últimas colecciones (una protagonizada por María, la madre de Jesús de Nazaret, y la otra concebida como la glosa personal de una serie de salmos bíblicos) condecía perfectamente con un aparente cierre de su literatura en verso, de cuyo volumen e importancia ya dieron muy buena idea sus *Poemas*, recogidos en 2008 por la editorial granadina Comares. Hete aquí, sin embargo, que un hallazgo inesperado, tardío, obliga hoy a repensar ese catálogo, prolongándolo. El trabajo exhaustivo de la estudiosa Teresa Vallès Botey poniendo orden en el legado documental del escritor (un buen oficio con precedentes como la compilación, en 2021, de

los relatos inéditos de *Los ficticios*) ha deparado felizmente la detección de otro libro de poemas, de cuya existencia los lectores no teníamos noticia previa alguna. En su portada y bajo el nombre del escritor, el original mecanoscrito —un documento informático de pocas páginas, que agrupa varios poemas por hoja— anuncia escuetamente su inequívoco título: *Entonces y ahora*.

Las investigaciones de Vallès en torno a este original hasta hoy desconocido, si no definitivas, son esclarecedoras. Según el especialista ha podido comprobar, entre los archivos del ordenador de Pujol existe un escrito, titulado «Recuento», de marzo de 2008, en que el autor repasa el número y estado, en aquella fecha, tanto de las obras que ya tenía en curso de edición como de aquellas otras para las que esperaba todavía algún acomodo editorial. Figura ya entre estas últimas, como poemario, *Entonces y ahora*, cosa que acredita que su redacción inicial es anterior, pues, a ese 2008. Otro documento conservado, esta vez de puño y letra del escritor, encabezado por la palabra «Arqueo», consigna en noviembre de 2011 que ese libro de poemas sigue pendiente de publicación. Vallès añade otro dato valioso, como es que el archivo de texto que contiene los poemas del libro conoció una última modificación en octubre de 2011, esto es, a pocos días de ese nuevo recuento de inéditos por parte de Pujol, y, en cualquier caso, solo unos meses antes de la muerte del escritor. Es lo más probable que no podamos jamás llegar a datar con exactitud la composición de la obra, ni saber tampoco si fue objeto o no de una revisión significativa en la que fuera su versión final, pero de lo que no hay duda es del carácter testamentario que el libro —por las circunstancias externas, pero también por su misma e intrínseca naturaleza literaria, como enseña el título— acaba por adquirir. Quien se haya sorprendido del título de este epígrafe, que trata de «novísimo» a este Pujol

inédito, errará si supone que adscribo el poeta barcelonés a aquel movimiento homónimo tan en boga en la poesía española de los setenta y ochenta del siglo pasado: en Pujol, el culturalismo nunca ha sido lujo ni oropel postizo, y una expresión directa y seca le alejará siempre de aquellas vaporosidades tan caras a los venecianistas. Si *Entonces y ahora* es el libro novísimo de Pujol, lo es absolutamente en el sentido que los latinos otorgaban a ese superlativo tan sonoro: para Virgilio, las *novissima verba* designan esos dichos finales de quien sabe que sus palabras lindan ya con un silencio definitivo.

Arrimarse al recuerdo

«La ausencia es lo que queda | después de haber vivido, | mientras aún se puede recordar», rezan unos versos de *Conversación*, poemario que Pujol publicó en 1998. Justo una década después, la que habrá de ser su postrera entrega lírica parece librarse al empeño de abrazar esa ausencia cuyo hueco se obstinan en dibujar las palabras. *Entonces y ahora* es, en efecto, un ejercicio de retrospección serena, de vaivén entre un pasado que se antoja a la vez cercano y remotísimo y un presente en el que, a juzgar por el tono de los versos, tan característicamente pujoliano, nunca llega a imponerse del todo la nostalgia —nada censurable en un poeta ya septuagenario— a un decidido propósito de impasible escrutinio, como de persona que intuye que una posteridad más cercana de lo que quisiera le conmina a testar. El arranque del libro asienta perfectamente al mismo tiempo su declarado objeto y el espíritu que va a animar la operación de hacerlo realidad. Doce versos que se diría condensan, como al final de un largo camino, toda una poética de la memoria, de la ficción de la vida y, sin embargo y todavía, tozudamente, de la vida de la ficción:

De la vida no hay mucho que contar,
conjeturas, anécdotas,
cosas que por fortuna se olvidaron
y un rimero más alto que yo mismo
de poemas sin fin dando noticias
personales que son del todo falsas.
O al menos de verdad muy indecisa.
Y hasta podemos recordar historias
que nunca han sucedido.
La realidad no es seria,
porque de casi todo
hace ya mucho tiempo.

Tal como si al yo poético alguien le hubiese acabado de preguntar por cómo le fueron las cosas, el poema, sin dejar de dar respuesta a ese interés, adopta una actitud de suprema lucidez y, con una humildad nada desconocida para quien haya frecuentado la poesía del autor, lanza sus versos a una síntesis de aquello que ha nutrido, dilatada en el tiempo, una existencia de escritor. Casos, pesares, esperanzas... y su correspondiente y particular transformación poética, que ya no cabe allegar ni a la biografía ni a la historia, sino a la imaginación, fabuloso territorio sin fronteras donde uno es libre incluso de «recordar historias | que nunca han sucedido» —una desacomplejada reivindicación del carácter ficcional de la poesía lírica, que irritaría por igual tanto al platónico celoso de una verdad sin mácula como al romántico bienaventurado que en la expresión cordial no concibe ni tolera dobleces. Y ahí de golpe Pujol, rematando la pieza, trasciende cualquier juicio literario para considerar, irónico y amargo (combinación jamás contradictoria en su poesía), que no es posible juzgar nada seriamente, pues todo lo vuelve vano la consabida fugacidad del tiempo. La curiosa coincidencia del final del texto con la tópica frase que tantos recuerdan en labios de Jaime Gil de Biedma («ahora que de casi

todo hace veinte años») permite aproximar los versos de este libro, más que los de ninguna otra obra de Pujol, a los presupuestos de la llamada poesía de la experiencia, cuyos practicantes, apenas unos años mayores que la generación de nuestro autor, anduvieron siempre a vueltas con las trampas del recuerdo, acechantes frente a toda indulgente edulcoración de un pasado mucho menos bonito en origen que en su futura remembranza. Claro está que si un lector metido a severísimo juez exigiese a Pujol una total congruencia con esa rotunda afirmación («ya nada es cierto ni serio»), no habría más que decir y el libro no existiría... Pero tengamos bien presente que hablamos de un poeta que había ya revisitado su pasado otras cien veces, en nombre propio o por la persona interpuesta de algún portavoz poético, y que seguramente en los mismos días en que componía estos poemas escribía también, en una pieza incluida en *El corazón de Dios*, con evidente aliento de oración, esto que sigue:

[...] Me pides el olvido, que no es poco:
Imagina que no ha pasado nada,
que empezamos ahora, sin recuerdos.
La memoria que grita no te gusta.
Respirar por la herida que llevamos,
¿existe otra manera
de respirar? ¿Tú crees?
Si uno empieza a olvidar, ¿a qué arrimarse?

Para Pujol no hay otra forma de expresarse que la de ser todo el tiempo consciente de nuestra trayectoria anterior, de nuestras flaquezas y derrotas. Solamente respirando «por la herida que llevamos» y preservando el recuerdo que aquella acarrea, convirtiéndolo en sostén, sin desviar la mirada de la más pequeña de nuestras cicatrices, será posible seguir adelante con alguna entereza, o, dicho de otro modo (valga el sinónimo y el étimo

común), con alguna *integridad*. ¿Qué cabe sino echar la vista atrás, siquiera para constatar la ausencia de cuanto uno quiso? Bien que lo razonaba su plegaria: «Si uno empieza a olvidar, ¿a qué arrimarse?».

Los ayerres de un álbum

En uno de los sabios aforismos contenidos en sus *Cuadernos de escritura* (2009), Carlos Pujol ya nos hacía conscientes de que «no hay más que una cosa que decir», puesto que todo escritor tiene un asunto único, y de que «todo está en vestirlo». En idéntica dirección camina la recurrente cita de Claudel, recogida por el poeta tanto al inicio de *Retrato de París* (1999) como en el prólogo a *Poemas*, que atribuye a cada artista la misión de haber venido al mundo para decir «*une seule chose*». En el caso de Pujol, por poco que uno conozca su poesía, esa única cosa tiene que ver con la manera con que las palabras —como dice en el umbral de sus *Cuadernos...* — tienen el poder de levantar, sobre la historia personal e íntima, «castillos en el aire», y hacer así que perviva de nosotros, contra el tiempo, aquello que nos define. En nombre propio o por delegación en un personaje poético, como ya he dicho, la obra lírica pujoliana está hecha de invención y memoria y, conjugada en pretérito, no mira sino al pasado; varían, eso sí, los simulacros por los que revivir y dar *vestido* a sueños y avatares. El que concretamente adopta *Entonces y ahora*, después de tantos otros libros en el que el autor da voz a personajes históricos o imaginarios, no podría presentarse más desnudo ni con mayor sencillez: como quien abriese un álbum de retratos familiares para contemplarlo con calma, un yo lírico ostensiblemente autobiográfico se enfrenta a diversas estampas de su vida anterior que el tiempo se ha esforzado en despintar y a las que el verso prestará una nueva e instantánea nitidez. Tan

viva, por momentos, que rinde plena justicia al título de la obra, pues el contraste entre ambos planos temporales es el hilo que enhebra las piezas del volumen y, de este modo, la reflexión poética no ocupa otro lugar que el que deja, intermedio, la antítesis de ambos adverbios.

Hermano a las claras, por disposición y dimensiones, de los otros póstumos, integra este libro una secuencia de veinticuatro poemas que comparten la brevedad, la ausencia de título, el verso blanco y una estructura sin cortes a la que una silva de endecasílabos y heptasílabos, invariable pero sin posiciones fijas, conviene como anillo al dedo. Es, de hecho, la que con muy pocas excepciones practicó Pujol desde las *Vidas de los poetas* (1995) y sobre cuya extrema flexibilidad, libre y rigurosa al mismo tiempo, supo construir un tono de voz de una ficticia naturalidad apta del todo a sus confesiones elegíacas y —maestro de la *closure*— a los finales sentenciosos, apotegmáticos, de muchas composiciones. Hablar en este caso de minimalismo sería tan superfluo como redundante: si ya lo lírico reclama por definición un propósito esenciador, ajeno a retóricas prolijas, nuestro poeta descuella también a la hora de hacer de la concisión el más afilado de sus recursos elocuentes. Encajadas entre el poema de presentación que ya he citado antes y otro final, de meditado carácter conclusivo, que presenta la memoria en retirada, como un «ejército vencido | que abandona el teatro de la guerra», corren sin solución de continuidad las restantes composiciones. No puede decirse que se agrupen temáticamente de un modo claro, ya que su curso semeja tan poco previsible como el de las asociaciones que forja el recuerdo. Así saltamos de la infancia del yo poético a episodios de su noviazgo con la que sería su esposa, Marta Lagarriga —el recurso a la propia biografía no es aquí menos obvio que en libros como *Esta verdadera historia* (1999) o los *Versos de Suabia* (2005), por ejemplo—, y